

CAPÍTULO XI

Llegada de Aníbal al Ródano. – Preparativos que hace para pasarlo. – Oposición que encuentra entre los bárbaros del país.

Luego que se acercó Aníbal a las inmediaciones del río, sentó el campo a cuatro jornadas de su embocadura, y se dispuso a pasarlo por ser allí la madre de una regular anchura. Después de haber ganado de todos modos la confianza de los pueblos próximos, les compró todas las canoas de una pieza y esquifes de que tenían abundancia, por ser muy dados al comercio marítimo sus naturales. Tomóles también toda la madera para la construcción de buques de una pieza, con la que en dos días se construyó un número exorbitante de pontones, procurando cada uno fundar en sí mismo la esperanza de pasar el río sin necesidad del compañero. Mientras tanto se reunió en el lado opuesto un gran número de bárbaros para impedir el paso a los cartagineses. A la vista de esto, Aníbal, infiriendo de las actuales circunstancias que ni le era posible pasar el río por fuerza, teniendo sobre sí tal número de enemigos, ni permanecer en aquel sitio, a menos de tener que recibir el ímpetu de los contrarios por todos lados, destacó a la entrada de la tercera no-

che una parte de su ejército al mando de Hannón, hijo del rey Bomílcar, dándole por guías a los naturales del país. Éstos, remontando el río cerca de doscientos estadios, llegaron a un paraje, donde dividiéndose la corriente de agua en dos partes, formaba una pequeña isla. Allí hicieron alto, y trabando unos y ligando otros los leños cortados en el vecino bosque, en corto tiempo construyeron el número de balsas que bastaba a la actual urgencia, en las que atravesaron el río sin riesgo ni impedimento. Se apoderaron después de un sitio ventajoso, donde pasaron todo aquel día, para recobrase de la pasada fatiga y disponerse al mismo tiempo a ejecutar la orden que se les había dado. Aníbal, por su parte, hacía lo mismo con las tropas que le habían quedado. Pero lo que más cuidado le daba era el paso de sus elefantes, en número de treinta y siete.

Apenas llegó la quinta noche, los que ya habían pasado al otro lado marcharon al amanecer junto al río, contra los bárbaros, que estaban al frente del ejército. Entonces Aníbal, que tenía dispuestos los soldados, puso por obra su pasaje. Embarcó la caballería pesadamente armada en los bateles y la infantería más ligera en las barcasas¹. Los bateles formaban una línea en la parte superior de la corriente, y por bajo estaban las barcasas de menos resistencia, a fin de que sosteniendo aquéllos la violencia principal del agua hiciesen a éstas más seguro el paso. Se decidió asimismo llevar a nado los caballos en las popas de los bateles. De esta forma, como un solo hombre conducía del ramal tres o cuatro en cada costado de la popa, en un instante a la primera remesa pasaron un buen número de caballos al otro lado. Los bárbaros, que advirtieron el intento de los enemigos, salen tumultuosamente y a pelotones del campamento, persuadidos de que con facilidad impedirían el desembarco a los cartagineses. Apenas vio Aníbal los fuegos que los suyos hacían en la otra parte, señal que se les había dado cuando ya estuviesen cerca, ordenó embarcar a todos y que los que gobernaban los bateles se opusiesen a la violencia de la corriente. Hecho esto prontamente, los que iban en los bateles se alentaban mutuamente a gritos y luchaban con la violencia del agua; los dos ejércitos cartagineses que estaban viéndolo sobre una y otra margen, esforzaban y animaban con algazara a sus compañeros; los bárbaros, formados al frente, cantaban sus himnos y pedían la batalla, de suerte que el conjunto presentaba un espectáculo pavoroso y capaz de inspirar espanto.

En ese instante los cartagineses que se hallaban al otro lado, dando súbita y repentinamente sobre los bárbaros que habían desamparado sus tiendas, unos prenden fuego al campamento y los más marchan contra los que defendían el paso. Los bárbaros, sobrecogidos con un tan inesperado accidente, parte acuden al socorro de las tiendas, parte se defienden y pelean contra los que los atacaban. Entonces Aníbal, viendo que el efecto correspondía a sus deseos, al paso que los suyos iban desembarcando, los forma en batalla, los exhorta y los lleva contra los bárbaros, que desordenados y atónitos con lo imprevisto del caso vuelven la espalda prontamente y emprenden la huida.

1. Insisten varios traductores en escribir «canoas», pero aparte de constituir un error de traducción, más o menos justificable, se nos figura de sentido común.